

Goces populares.

Era la tarde del primer domingo de Mayo, día espléndido, luminoso, adelantado un mes sobre la estación, y tan templado que se había descubierto el landó en que la reina Federica, el niño príncipe y su ayo, se paseaban en San Mandó. Aquella primera caricia de la primavera, venida á través de las nuevas hojas, había animado el corazón de la reina, como animaba su bello rostro bajo la azul y tirante seda de la sombrilla. Ella se sentía feliz, sin razón, y olvidando por algunas horas, en medio de la clemencia universal, la dureza de los días, sentada en un extremo del pesado carruaje, con su hijo arrimado á ella, se abandonaba en la intimidad á una conversacion familiar con Eliseo Meraut, sentado enfrente de ellos.

—Es extraño,—decía;—me parece que nosotros nos hemos visto ya antes de conocernos. Vuestra voz, vuestras facciones han despertado en mí de repente la impresion de un doble recuerdo. ¿Dónde nos hemos podido encontrar la primera vez?

El niño Zara se acordaba muy bien de aquella primera vez. Fué en el convento, en aquella iglesia subterránea donde Eliseo le había causado tan gran miedo. Y en la mirada tímida y dulce que el niño dirigía á su maestro, se descubria un poco de aquel

supersticioso temor... ¡Pero, no! Antes de aquella noche de Navidad, la reina tenía la convicción de otro encuentro.

—A ménos que no sea en una vida anterior,—añadió casi formalmente.

Eliseo se echó á reír.

—En efecto, V. M. no se engaña. Me ha visto, no en otra vida, sino en París el mismo día de su llegada. Yo estaba en frente del Hotel de las Pirámides, subido sobre el estribo de la verja de las Tullerías....

—Y habeis gritado: ¡Viva el rey!... Ahora ya me acuerdo.... ¿Con que érais vos? ¡Oh! qué contenta estoy!... Habeis sido el primero que nos dió la bienvenida.... Si supiéseis el bien que me hizo vuestro grito.

—¡Y á mí!—replicó Meraut.—Mucho tiempo hacia que no había tenido ocasion de lanzar el grito triunfante de ¡Viva el rey!... Largo tiempo hacia que me quemaba los lábios pugnando por salir. Era un grito de familia asociado á todas mis alegrías de la infancia, de la juventud, en el que resumíamos en la casa todas nuestras emociones, todas nuestras creencias. Este grito reproduce al pasar el acento meridional, el gesto y la voz de mi padre; me hace subir á los ojos el mismo enternecimiento que tantas veces he visto en él. ¡Pobre hombre! Era instintivo en él. En ese grito se encerraba toda una profesion de fé... Un día, al atravesar á París, volviendo de un viaje á Frohsdorff, el padre Meraut pasaba por la plaza del Carrousel al mismo tiempo que Luis Felipe iba á salir. El pueblo esperaba, pegado á las verjas, indiferente y aún hostil, el pueblo del fin de un reinado. Mi padre, sabiendo que el rey iba á pasar, derriba, separa á todo el mundo y se coloca en primera fila, para ver de más cerca, para abrumar con su desprecio á aquel bandido, á aquel miserable de Luis Felipe que había robado el puesto á la legitimidad... De repente el rey aparece, atraviesa el desierto patio, en medio de un silencio de muerte, de un silencio pesado, que abruma todo el palacio, y en el que parece oírse distintamente armarse

los fusiles de la revolucion, ó estallar los estribos del trono. Luis Felipe era ya viejo, muy vulgar, y se adelantaba hácia la verja á pasos vacilantes, con su paraguas en la mano. Nada habia en él de soberano, nada de amo. Pero mi padre no lo vió así; y al pensar que en el gran palacio de los reyes de Francia, lleno de gloriosos recuerdos, el representante de la monarquía se iba así á través de aquella horrible soledad que prepara á los reyes el ódio de los pueblos, alguna cosa se conmovió y revolvió en su interior, pues olvidando todos sus rencores, se descubrió brusca, instintivamente, y gritó, ó más bien, sollozó un ¡viva el rey! tan vibrante, tan convencido, que el anciano se estremeció y le dió las gracias con una mirada llena de emocion.

—Tambien yo he debido daros las gracias...—dijo Federica, y sus ojos miraban á Meraut con expresion tan enternecida, que el pobre muchacho se sintió palidecer. Casi al mismo tiempo ella prosiguió entregada por completo á la relacion que acababa de oír.

—Vuestro padre, ¿pertenece á la nobleza?

—¡Oh! No, señora... todo lo que hay de más humilde... hijo del pueblo... obrero tejedor.

—¡Es extraño!...—murmuró pensativa.

Al contestar esto volvía á empezar su eterna discusion. La reina no amaba, no comprendia al pueblo, le causaba una especie de horror fisico. Ella lo encontraba brutal, horrible, tanto en sus goces como en sus revanchas. Aun en las fiestas de la consagracion, durante la luna de miel de su reinado, le causaban miedo aquellas mil manos extendidas para aclamarla, y de las que se sentia prisionera. Jamás habian podido entenderse ambos; gracias, favores, limosnas habian caido de ella á él, como esas semillas malditas que no pueden germinar sin que sea permitido acusar positivamente á la dureza de la tierra ó á la esterilidad de las simientes.

Entre los cuentos con que Mme. de Silvis vaporizaba la imaginacion del niño príncipe, habia la historia de una jóven siria,

casada con un leon, y que tenia un temor horrible de su marido, de sus rugidos y de su violento modo de sacudir las melenas. Sin embargo, aquel pobre leon estaba lleno de atenciones y de delicadezas amorosas; traia á su niña-mujer los manjares más ricos, panales de miel; velaba mientras ella dormia, imponia silencio á la mar, á los bosques, á los animales. ¡No importa! Ella conservaba su repulsion, su miedo ofensivo, hasta que un dia el leon, irritado, le rugia un ¡Vete! enseñando sus colmillos y erizando su melena, como si hubiera tenido tanta gana de devorarla como de darla libertad. Esta era, en cierta manera, la historia de Federica; y desde que Meraut vivia á su lado, éste trataba en vano de hacerla admitir la bondad oculta, el desinterés caballeresco, las susceptibilidades feroces de ese gran leon que ruge por broma bastantes veces antes de llegar á su verdadera cólera. ¡Ah, si los reyes hubieran querido!... ¡Si se hubieran mostrado ménos desconfiados!... Y como Federica agitase su sombrilla con aire incrédulo,

—Sí, lo sé perfectamente,—continuó Meraut,—el pueblo os dá miedo... No le amais, ó más bien, no le conocéis... Pero que V. M. mire á su alrededor, en esos paseos, bajo los árboles... Y sin embargo, es el más terrible barrio de París el que se pasea y se divierte aquí, aquel de donde se precipitan las revoluciones á través de las desempedradas calles... ¡Qué aspecto tienen todas estas gentes tan sencillas, tan bueno, tan natural, tan ingenuo! ¡Cómo saborean el bienestar de un dia de descanso, de una estacion de sol!...

Desde el ancho paseo por donde el landó iba al paso, se veía, en efecto, bajo las ramas aún delgadas y ya cubiertas por los primeros jacintos salvajes, almuerzos instalados en el suelo, blancos platos esparcidos sin órden, canastos con sus tapas levantadas, y gruesos vasos de mostrador de los taberneros metidos entre el verde de los bretes como gruesas amapolas; chales y blusas colgadas de las ramas; las mujeres en cuerpo, los hombres en mangas de camisa; lectura, siestas, laboriosas cos-

turas apoyadas en los troncos de los árboles; alegres plazoleas, donde ondeaban telas no muy caras, en partidas de volante, de gallina ciega, ó de alguna cuadrilla improvisada á los acordes de una orquesta invisible que enviaba sus sonidos por bocanadas. Y niños, multitud de niños haciendo comunicar las mesas y los juegos, corriendo de una familia á otra, en saltos, gritos, uniendo todo el bosque en un inmenso gorgojo de golondrinas, de cuyas idas y venidas sin fin tenían también la rapidez, el capricho, el negro vuelo á través de las ramas. Contrastando con el bosque de Boulogne, cuidado, peinado, prohibida su entrada por barreras rústicas, el bosque de Vincennes, abierto á todo el mundo, parecía expresamente preparado para el desahogo de un pueblo en fiesta, con sus céspedes verdes y pisoteados, sus árboles doblados y resistentes, como si allí la naturaleza se hiciera más clemente, más vivaz.

De repente, á una curva del paseo, la brusca entrada de aire y de luz procedente del lago, separando el bosque de sus márgenes llenas de musgo, arrancó al niño príncipe una exclamación de entusiasmo. Aquello era soberbio, como la mar descubierta súbitamente al pasar el dédalo de rocas áridas de un pueblo breton, que estrella sus olas en las paredes de las últimas casas. Barcas empavesadas con colores vivos de azul y encarnado, surcaban el lago en todos sentidos bajo el corte plateado de los remos, y salpicando de espuma los costados al romper las pequeñas olas. Bandadas de patos nadaban lanzando graznidos, y cisnes de encorbado cuello seguían con pausada marcha el largo círculo de la orilla, con las ligeras plumas rizadas por el viento, mientras que en el fondo, envuelta en la verde cortina de una islota, la música enviaba á todo el bosque alegres ritmos, á los que la superficie del lago servía de tabla armónica. Y entre todo esto un alegre desorden, la animación del viento y de las olas, el ondear de las banderolas, los gritos de los bateleros, grupos sentados en el taludes, niños que corrían, cafés campestres edificadas sobre el agua con pisos sonoros

como un puente, teniendo á la vez en sus paredes barcos de baños y barcos de paseo... Pocos carruajes se veían alrededor del lago. De tiempo en tiempo un fiacre conduciendo una boda del barrio, caracterizada en el paño nuevo de los gabanes, y en los arabescos chillones de los mantones y sombreros; ó bien un char-abanc del comercio paseando su muestra de letras doradas, cargado de gruesas señoras con sombreros de flores que miraban como con lástima á los que iban á pié. Pero lo que más abundaba eran carrujitos de bebés, primer lujo del obrero casado, aquellas cunas que andan, en las que cabecitas resguardadas con encintadas chichoneras, esperan el sueño, con los ojos alzados hácia las ramas entrelazadas á través de las que se descubre el azul del cielo.

Entre toda aquella gente, el carruaje con las armas de Iliria, con su tiro y su librea, no pasaba sin excitar cierta sorpresa, pues Federica no había ido allí más que los días de entre semana. Se daban unos á otros con el codo; las familias de obreros en bandas silenciosas, se separaban al ruido de las ruedas, y se volvían en seguida sin dejar de manifestar su entusiasmo á la vista de la altanera belleza de la reina al lado de la aristocrática infancia de Zara. Algunas veces, algún picaruelo rostro aparecía á través de los sotillos para gritar:—«Buenos días, señora.»—¿Eran las palabras de Eliseo, el esplendor del tiempo, la alegría extendida hasta aquel fondo de horizontes que las fábricas de fundición apagadas dejaban limpios y verdaderamente campestres, ó la cordialidad de aquellos encuentros? Federica experimentaba una especie de simpatía por aquel domingo de obreros, vestidos casi todos con un aseo particular, dadas las condiciones de sus rudos trabajos y de sus semanales jornales. En cuanto á Zara, no podía estarse quieto, pateaba, se estremecía en el carruaje: de buena gana se hubiera apeado, para rodar con los demás niños sobre los céspedes, para montar en todas las barcas.

Siguiendo su marcha el landó, llegó á paseos menos alboro-

tados, donde algunos leían, otros dormían sobre bancos, y alguna pareja, estrechamente unida, pasaba á través de la verde y cerrada sombra; sombra que guardaba un poco de misterio, una frescura de manantial, verdaderos effúvios del bosque. Algunos pájaros gorgeaban ocultos entre las ramas. Pero á medida que se alejaban del lago, que concentraban todos los ruidos, se percibía distintamente el eco de otra fiesta: escopetazos, redobles de bombo y de tambores, sonido de trompetas y campanas, todo esto se destacaba de un gran clamoreo que de repente pasaba sobre el sol como una bocanada de humo. Se hubiera creído asistir al saqueo de una ciudad.

—¿Qué es eso?... ¿Qué quiere decir ese ruido?—preguntó el niño príncipe.

—Es la fèria de los barquillos, monseñor,—dijo el viejo cochero volviéndose sobre su asiento.

Y como la reina consintiese en acercarse á la fiesta, el carruaje salió del parque y siguió por una porción de callejuelas, de vías á medio construir, donde casas nuevas de seis pisos se elevaban al lado de miserables casuchos, entre el arroyo de un establo y el jardín de un hortelano. Por todas partes tabernas con sus cenadores, mesas, columpios, pintados del mismo verde. Allí rebosaba la gente, y los militares, con sus kèpis y chacós de artillería, con guantes blancos, estaban en mayoría. Muy poco ruido. Escuchaban al arpista ó violinista ambulante que, teniendo permiso para tocar entre las mesas, rascaba un ária de *La Favorita* ó de *El Trovador*, porque el pueblo burlon de París adora la música sentimental y prodiga su limosna cuando se divierte.

De pronto se paró el coche. Los carruajes no pueden pasar de la entrada del ancho campo de Vincennes, en que se halla instalada la fèria, teniendo como fondo hácia París las dos columnas de la barrera del Trono, que se elevan en la polvorosa atmósfera de extramuros. Lo que allí se veía, aquel libre hormiguero de la multitud en medio de una verdadera calle de barra-

cas, encendía de un tal apetito de niño curioso los ojos de Zara, que la reina propuso apearse. Era tan extraordinario el deseo de la orgullosa Federica de pasear á pié por entre el polvo del domingo, y Elíseo se quedó tan sorprendido, que no pudo ménos de vacilar.

—¿Hay acaso algun peligro?

—¡Oh! Ninguno, señora... Sólo que, si vamos al campo de la fèria, vale más que nadie nos acompañe. La librea haría que reparasen en nosotros.

A una órden de la reina, el lacayo, que se disponía á seguirlos, volvió á ocupar su puesto, y convinieron que los esperase el carruaje. Seguramente no pensaban recorrer toda la fèria, sino sólo las primeras barracas.

A la entrada se veían pequeños mostradores volantes, una mesa cubierta con un blanco mantel, tiro de conejos, torniquetes.

La gente pasaba desdeñosa, sin detenerse. Luego cocinas al aire libre rodeadas de un acre olor á grama quemada, grandes llamas rojizas que subían al cielo, á cuyo alrededor se movían marmitones vestidos de blanco detrás de pilas de buñuelos azucarados. Y allí el fabricante de pastas, alargando y torciendo en grandes anillos la blanca masa de roscones con almendra...

El niño príncipe miraba todo con estupor. Todo aquello era nuevo para él, pájaro enjaulado, educado en las altas habitaciones de un castilló, detrás de las doradas rejías de un parque, crecido en medio de terrores y desconfianzas, que jamás había salido sino acompañado, que nunca había visto al popular más que desde lo alto de un balcon ó dentro de un carruaje rodeado de guardias. Intimidado al principio, marchaba pegado á su madre, cuya mano oprimía con fuerza; pero poco á poco se fué embriagando con el ruido, con el olor de la fiesta. Los rítorneles de los organillos le excitaban. Demostraba deseos locos de correr en la manera como arrastraba á Federica, combatido por la necesidad de detenerse á cada paso, y la de ir siem-

pre hacía adelante, siempre más lejos, allí, donde era mayor el ruido, la multitud más compacta.

Así, sin notarlo, se alejaban del punto de partida, con aquella falta de sensación del nadador que arrebató la corriente, y tanto más fácilmente cuanto que nadie reparaba en ellos, y entre todos aquellos trages chillones, el esbelto de la reina, de tonos oscuros, aunque elegantes, pasaba desapercibido, así como el de Zara, cuyo cuello almidonado, piernas al aire y chaquetilla corta, hacían decir á algunas buenas mujeres:—«Es un inglés.»—El iba entre su madre y Eliseo, que se sonreían al ver su alegría.

—¡Oh! ¡mamá... mira esto!... Señor Eliseo, ¿qué hacen allí? ¿vamos á ver?

Y de un lado al otro de la avenida, en zig-zags curiosos, se internaban más y más en la espesa multitud, siguiendo el movimiento de aquellas olas humanas.

—¡Debíamos volvernos!—propuso Eliseo; pero el niño estaba como ébrio. Suplicó, tiró tanto por la mano de su madre, y esta era tan feliz al ver á su ángel dormido salir de su sopor, y ella misma estaba tan sobreseitada por aquella fermentación popular, que siguieron adelante... adelante...

El día se iba poniendo caluroso, como si el sol, al descender á su ocaso, recogiese en la punta de sus rayos una nube de tempestad, y á medida que el cielo cambiaba, la fiesta tomaba con sus colores un aspecto fantástico. Era la hora de las representaciones. Todo el personal de los circos y de las barracas está fuera bajo los pórticos de entrada, delante de aquellas muestras de lienzo que, al inflarse de viento, parecen hacer vivir los animales gigantescos, los gimnasiarcos, los Hércules que hay pintados en ellas. Aquí se vé la exposición de la gran pieza militar, exposición de trages de Carlos IX y Luis XV, arcabuces, fusiles, pelucas y penachos confundidos, sonando la *Marsellesa* en el cobre de la orquesta, mientras que enfrente, los caballos de un circo, con sus blancas riendas, como caballos de una boda, eje-

cutan en el estrado pasos sábios, calculan con el casco, saludan arrodillándose, y al lado la verdadera barraca de saltimbanquis exhibe un payaso, con su traje á cuadros, sus pequeños prodigios con mallas remendadas, y una jóven grande, de tostado rostro, vestida de bailarina, juega con bolas de oro y de plata, botellas, cuchillos con hojas de brillante estaño, tiritireando, cruzándose sobre su peinado cubierto de agujas de quincallería.

El niño príncipe se pierde en contemplaciones sin fin ante aquella bella persona, cuando una reina, una verdadera reina de cuentos de hada, con su brillante diadema, una corta túnica de plateada gasa, cruzadas sus piernas una sobre otra, se le aparece apoyada en la balaustrada. Jamás se hubiera cansado de mirar; pero la orquesta lo distraía, una orquesta extraordinaria, compuesta, no de guardias franceses ni de Hércules con mallas color de carne, sino de verdaderas gentes de mundo; un caballero de patillas cortas, luciente cráneo y botas de campana, que se dignaba tocar el cornetín, mientras que una señora, una verdadera señora, con tanta solemnidad como Mme. de Silvis, con su manteleta de seda y su sombrero adornado de marabute, tocaba el bombo, mirando con aire resuelto á derecha é izquierda, con bruscos movimientos de brazo que sacudían en las rosas del sombrero los flecos deshilados de la manteleta. ¿Quién sabe? Alguna real familia caída también en la desgracia... Pero el campo de la feria presentaba aún cosas más sorprendentes.

En un panorama infinito y perfectamente variado, danzaban osos sujetados por cadenas, negros con taparabos blancos, diablos, brujas con trajes de abigarrados colores; hechiceras gesticulando, con una mano en la cadera y mostrando con la otra el calzon que ofrece al aficionado; una profesora de esgrima con corpiño acorazado, brazos rojos con brazaletes de oro, el rostro cubierto con la careta, la mano en el guante de armas de cuero; un hombre vestido de terciopelo negro, semejante á Colón ó á Copérnico, describiendo círculos mágicos con una varita de puño de diamante, mientras que detrás del tabladillo, exhalando un

repugnante olor de pelos y de cuadra, se oían rugir las fieras del domador Garel.

Todas estas vivas curiosidades se confundían con las que representaban solamente imágenes, mujeres gigantes en traje de baile, escotadas, manga corta y guante estrechamente abotonado; siluetas de sonámbulas sentadas mirando al porvenir, con los ojos vendados, cerea de un doctor con barba negra, monstruos, accidentes de la naturaleza, todas las excentricidades, todas las extrañezas, algunas veces abrigadas sólo por dos sábanas, sostenidas por una cuerda, con el cepillo de la entrada sobre una silla.

Y por todas partes, á cada paso, el rey de la fiesta, el barquillo bajo todos aspectos, bajo todas formas, en sus tiendas pintadas de encarnado con chispas de oro, vestido de papel satinado con figuras iluminadas, rodeado de cintas, decorado con confites y almendras garrapiñadas; el barquillo en figuras que representan celebridades parisienses, el amante de Amanda, el príncipe Cola-de-Gallina con su inseparable Rigolo; el barquillo llevado en cestas, en tableros, esparciendo el grato olor de la miel y de las frutas cocidas á través de la lenta multitud, estrechamente oprimida, y donde la circulacion empieza á ser en extremo difícil.

Era imposible volver atrás. Era preciso seguir aquella despótica corriente, adelantar, retroceder inconscientemente empujado hácia aquella barraca, hácia la otra, porque la viva ola que se levanta en medio de la fiesta quiere desbordar por los lados, en la imposibilidad de hallar salida. Y las risas estallan, y las bromas se cruzan en aquel torbellino continuo y forzoso. Jamás la reina habia visto al pueblo. Respirando su aliento, sufriendo el rudo contacto de sus anchos hombros, se sorprendía de no sentir ni disgustos ni terror, y avanzaba como los demás, con aquel peso de la multitud vacilante que se parece al cucheo de una marcha, y que siempre conserva cierta especie de solemnidad. El buen humor de aquellas gentes la tranquiliza, así

como la exuberante alegría de su hijo; y aquella cantidad de carruajes de Bebés continuaba circulando en lo más espeso.... «¡No empujar!... ¡No veis que aquí vá un niño!....» No uno, sino diez, sino veinte, como centenas de niños de teta llevados en hombros de sus padres; y Federica cruza una amable sonrisa cuando vé pasar la edad de su hijo sobre una de aquellas pequeñas cabezas populares. Eliseo empezaba á inquietarse. Sabe lo que es una multitud, por calmada que parezca, y el peligro que presenta el flujo y reflujo de sus mareas.

Que reviente en lluvia alguna de aquellas nubes, y entonces, ¡qué desórden, qué pánico! Y su imaginacion cada vez más excitada, le representa la escena, la horrible sofocacion, los aplastamientos de la plaza de Luis XV, aquel siniestro amon-tonamiento de todo un pueblo en el centro de un París demasiado grande, á dos pasos de inmensas avenidas desiertas pero inabordables...

Entre su madre y su preceptor que le sostienen, el niño príncipe tiene mucho calor. Se queja de no ver nada. Entonces, como sus vecinos los obreros, Eliseo levanta en sus brazos á Zara; es una nueva explosion de alegría, porque el golpe de vista de la fiesta es espléndido. Sobre un cielo de poniente atravesado por surtidores de luz y de grandes sombras flotantes, en la extensa perspectiva, entre las dos columnas de la barrera, se ven las palpitations de las banderas y oriflamas, las ondulaciones de los lienzos de las barracas.

Las ligeras ruedas de los columpios mecánicos, elevan uno á uno sus sillones de gente, un inmenso «Tio Vivo» de triple piso, barnizado, pintado como un juguete, hace girar mecánicamente sus leones, leopardos, tarascas fantásticas, sobre las que los niños aparecen como verdaderos polichinelas. Más cerca, velos de racimos de globos encarnados; innumerables giros de molinillos de papel amarillo semejantes á soles de las ruedas de fuego; y dominando la multitud, millares de cabecitas derechas con rubios cabellos como los de Zara. Los rayos del sol poniente

un poco pálidos, forman sobre las nubes reflejos de brillantes placas que iluminan los objetos ó los envuelven en sombras, y todo esto da más movimiento á la perspectiva. Aquí, hieren á un Pierrot y á una Colombina, dos manchas blancas que se mueven una enfrente de otra, pantomima en yeso sobre el fondo negro del tabladillo; más allá, un largo y encorbado payaso, con el sombrero puntiagudo del pastor griego, haciendo ademán de meter, de empujar al interior de su barraca la multitud, que cual serpiente negra se agita en la escalerilla.

Tiene la boca abierta, debe gritar, mugir, pero no se le oye, como tampoco se oye aquella campana furiosamente sacudida al extremo de un estrado, ni los tiros de que sólo el humo se percibe. Todo esto se pierde en el inmenso clamor de la f^éria, clamor elemental, producido por un *tutti* discordante y general, carracas, pitos, campanas, tambores, bocinas, rugidos de fieras, organillos, silbidos de máquinas de vapor. Parece que todos apuestan para atraer á la multitud, que acude al ruido como las abejas, á quien empleará el instrumento más infatigable, más atronador; y de los columpios, de los sillones, de los caballos, salen también agudos gritos, mientras que de diez en diez minutos los trenes de circunvalación, pasando al nivel del campo de la f^éria, cortan y dominan con sus silbidos aquella infernal batahola.

Dé repente la fatiga, el sofocante olor de aquella mezcla humana, el efecto de un sol oblicuo y ardoroso, en donde giran vibrantes y deslumbradoras, aturden á la reina y la hacen desfallecer en una parada. No tiene tiempo más que para coger el brazo de Eliseo para no caer, y mientras se apoya, se aferra en él derecha y pálida, murmura por lo bajo: «¡Nadal... no es nada.» Pero su cabeza, cuyos nervios laten dolorosamente, todo su cuerpo que pierde el sentimiento de su sér, se abandonan por un minuto... ¡Oh! ¡Meraut jamás olvidará aquel minuto!

Todo pasó. Federica se repone. Un soplo de frescura animando su frente, la ha reanimado por completo; sin embargo,

no abandona aquel brazo protector, y el paso de la reina que se acomoda al suyo, el guante que se apoya ligeramente, causan á Eliseo una turbación inexplicable.

El peligro, la multitud, París, la fiesta, nada de esto le ocupa. Es de un país imposible en que los sueños se realizan con todas sus mágias y sus extravagancias de sueños. Penetrando por en medio de aquella humana confusión, marcha sin ver, sin oír, impelido por una nube que le envuelve hasta los ojos, le empuja, le sostiene, le lleva insensiblemente fuera de la avenida... Sólo allí se pára... se reconoce... El carruaje de la reina está lejos. Es preciso volver á pié hácia la calle Herbillon, seguir en medio del crepúsculo estensos paseos, calles formadas por tabernas llenas de gente, tropezando los que concluían el día no muy seguros de sí. Es una verdadera escapatoria, pero ninguno de ellos piensa en lo extraño de la vuelta. El niño Zara habla, habla como todos los niños después de una fiesta, deseosos de traducir con su boquita todas cuantas imágenes, ideas, y acontecimientos han recogido con sus ojos. Eliseo y la reina iban silenciosos. El, estremeciéndose aún, procura recordar y olvidar á la vez el minuto delicioso y penetrante que le ha revelado el secreto, el triste secreto de su vida. Federica piensa en todo lo que acaba de ver de desconocido, de nuevo. Por primera vez siente latir su corazón por el pueblo; ha descansado su cabeza en los hombros del león. Le ha quedado de él una impresión dulce y poderosa, como un abrazo de ternura y protección.